10524

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

EL TACAÑO SALOMÓN

(Sperate miseri.)

COMEDIA EN DOS ACTOS

Representóse en el Teatro de Lara la noche del 2 de Febrero de 1916.

1.000

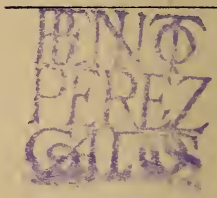
MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1916

5

EL TACAÑO SALOMÓN

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



Hijos de Tello, impresores. Carrera de San Francisco, 4.

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

EL TACAÑO SALOMÓN

(Sperate miseri.)

COMEDIA EN DOS ACTOS

Representóse en el Teatro de Lara la noche del 2 de Febrero de 1916.

1.000

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1916

distributor

PERSONAJES

JOSÉ SALOMÓN.	Sr. Thuillier.
PELEGRÍN MENDRUGO.....	» Mora.
DONATO RUIZ, joyero.....	» Ramírez.
BELÉN, esposa de Pelegrín.....	Sra. Ariño Sánchez.
NATALIA, hija mayor.....	Srta. Abadía.
CRUCITA, hija menor.....	» Pardo.
ALFREDO, marido de Natalia.....	Sr. Valentí.
DOÑA ELADIA.....	Srta. Alba.
POLONIA.....	» Seco.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla ni reimprimirla en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Sala modesta donde Pelegrín tiene su taller de grabador en metales; mesa con los enseres de su industria; junto á la mesa un sofá de paja y dos sillones, todo muy usado; en las paredes algunos cuadros; puertas á izquierda y derecha.

Izquierda y derecha se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

PELEGRÍN, BELÉN, CRUCITA. Pelegrín es hombre de cincuenta años, avejentado por una vida laboriosa y sin fruto. Belén, su mujer, envejecida antes de tiempo por el trabajo y la pobreza. Crucita, hija menor del matrimonio, es una chiquilla de diez y siete años, ágil y vivaracha. Traje y peinado conforme á su edad de transición. Al alzarse el telón Pelegrín se ha quedado dormido, fatigado del trabajo. Viste blusa larga.

BELÉN

(Sacudiendo el hombro de su marido para despertarle.) Pelegrín... Pelegrín.

PELEGRÍN

(Sin abrir los ojos, desperezándose.) ¿Qué...?

673193

BELÉN

Tienes una visita.

CRUCITA

Una visita, papá. (Arreglando los objetos que hay en la mesa.)

PELEGRÍN

¿Es Donato? ¿Me trae dinero?

BELÉN

No es Donato. Es un señor que se llama Salmón.

CRUCITA

(Vivamente.) No ha dicho Salmón, sino Sa... lo... món.

BELÉN

¡Ay, hija, qué oído tienes! Sí, Salomón.

PELEGRÍN

(Despertando muy excitado.) ¡Salomón!

BELÉN

Es un señor que viene de América.

PELEGRÍN

(Despabilándose.) ¿De Buenos Aires? ¿Y me traerá noticias de mi hermano Jacobo?

CRUCITA

Sí; algo ha dicho del tío Jacobo.

PELEGRÍN

Puede que me traiga algún socorro de mi hermano, que es tan rico... ¡Salomón! ¿Pero no te acuerdas de José Salomón, el primo de Donato?

BELÉN

Sí; el que se fué á Buenos Aires hace dos ó tres años.

CRUCITA

¿Le digo que pase?

PELEGRÍN

Sí, sí; que dispense el plantón, y... Anda, corre, hijita, y tráele en seguida. (Vase Crucita.—Muy excitado, abrazando á su mujer.) ¡Abrázame, Belén! Me dice el corazón que hoy será un día venturoso para nosotros. Mi hermano Jacobo...

BELÉN

Quita, quita; tú siempre viviendo de ilusiones. Esperemos á ver...

ESCENA II

PELEGRÍN, BELÉN, SALOMÓN, que entra por la izquierda precedido de CRUCITA.

SALOMÓN

(Secamente.) ¡Hola, Pelegrín! (Con marcado acento argentino.) ¿Cómo dice que le va?

PELEGRÍN

(Queriendo abrazarle; pero Salomón se mantiene rígido.) Perdone que le hiciera esperar. Siéntese, amigo.

SALOMÓN

Me dijo su señora que usted se había quedado dormido.

PELEGRÍN

Sí, hijo, me rindo al cansancio.

BELÉN

¡Tanto trabajar noche y día en esta esclavitud!...

PELEGRIN

¿Cuándo ha llegado usted?

SALOMÓN

Anoche.

BELÉN

Crucita: vete por el arroz, y de paso te traes el vinagre. Di en la tienda que ya lo pagarás. (Vase Crucita.)

PELEGRÍN

¿Vendrá usted muy fatigado del largo viaje?

SALOMÓN

(Secamente.) Yo no me canso, soy muy duro.

BELÉN

¿Tres años ha estado usted por allá?

SALOMÓN

Algo más.

PELEGRÍN

¿Vendrá usted rico, porque tres años de América dan mucho de sí?

SALOMÓN

Pobre fuí y vuelvo con un pasar modesto.

PELEGRÍN

(Impaciente.) Y de mi hermano Jacobo, ¿qué me dice usted?

SALOMÓN

Está viejo, enfermo y arruinado. (Pelegrín y Belén se miran con asombro.) Todo lo que ganó trabajando en la Pampa lo ha perdido en malos negocios.

PELEGRIN

¡Pobre Jacobo!

BELEN

(Displicente.) No le tengas lástima. Muy poco tenemos que agradecerle. Que tenga paciencia, y si no, le mandaremos una buena remesa de la que á nosotros nos sobra.

PELEGRIN

(Desconsolado.) Según eso, señor Salomón, ¿mi hermano no nos manda nada?

SALOMON

Memorias y afectos. Todo lo que no sea esto, lo necesita para sí. ¿Y qué tal? ¿Se trabaja mucho en el grabado de metales? (Observando cuanto hay en la mesa.) Ya, ya veo las herramientas.

PELEGRIN

¡Ay, ay, trabajar!... Yo creo que nací con el buril en la mano, y que no lo he de soltar ni para morirme.

BELEN

El pobrecito, con esta labor tan menuda y tan fina, se está quedando ciego.

SALOMON

Pero ¿ganará usted mucho?

PELEGRIN

¡Psch! Gano para ir viviendo con estrechez; escasamente puedo cubrir las atenciones de mi familia.

SALOMON

Y su familia, ¿es la misma que yo he conocido?

BELEN

La misma, con los retoños de nuestra hija Natalia.

SALOMON

Ya; que casó con uno de los chicos de aquel maestro de obras... Y la otra hija de ustedes, es esa que me abrió la puerta.

BELEN

Crucita.

SALOMON

Y ¡qué lista es, que vivaracha! Yo creo que me conoció. (En actitud de levantarse.)

BELEN

No se le escapa nada.

PELEGRIN

¿En qué fonda está usted?

SALOMON

En una de regular aspecto, que está muy cerca de aquí. No recuerdo cómo se llama; pero deseo un alojamiento baratito, más conforme con la flaqueza de mi bolsillo.

PELEGRIN

¡Vaya, vaya! Venir de las Américas con el bolsillo flaco...

BELEN

(Vivamente.) Oiga usted, señor Salomón: si quiere usted vivir con economía...

SALOMON

Ya sé lo que usted quiere decirme. En la puerta he visto un cartelillo que dice: «Se cede un gabinete, con asistencia ó sin ella, á un caballero solo.» Pues ese caballero solo seré yo, si ustedes me admiten.

BELEN

Sí, sí, con mil amores. ¿Quiere usted ver la habitación? Es independiente y con buenas luces.

SALOMON

No necesito verla; la tomo, y aquí haré vida familiar. Voy á traer mi equipaje, y volveré en seguida. (Suena la campanilla.)

PELEGRIN

Debe de ser Donato, que viene á traernos... (Corre Belén á abrir la puerta.)

SALOMON

¿Donato Ruiz, el joyero? Mi primo.

PELEGRIN

El es el que me da más trabajo.

ESCENA III

PELEGRÍN, SALOMÓN, BELÉN, CRUCITA, DONATO, cuarenta años, vestido con modesta decencia.

DONATO

(Desde la puerta, dirígese á Salomón con los brazos abiertos.) ¡Qué sorpresa! Esa chiquilla (señalando á Crucita) me ha dicho que estabas aquí.

SALOMON

(Abrazándole.) Anoche llegué á Madrid.

BELEN

(A Crucita.) Dame acá. (Recoge los paquetes que trae de la tienda.) Vete á la cocina y enciende la lumbre, que luego iré yo allá. (Vase Crucita por la derecha.)

DONATO

¿Estarás en Madrid mucho tiempo? ¿Dónde vives?

SALOMON

Aquí.

BELEN

Nos toma el gabinete que habíamos anunciado.

DONATO

(Muy sorprendido.) Pero explícame...

SALOMON

Luego hablaremos. Voy ahora á traer mi equipaje que dejé en la fonda, ahí á la vuelta de la esquina. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

PELEGRÍN, DONATO, BELÉN

DONATO

¡No vuelvo de mi asombro! Pero qué, ¿tan pobre viene de América?...

BELÉN

Pobre debe venir, pues nos alquila el gabinete...

DONATO

¿Será pobreza, ó tacañería? ¿Les toma la habitación con asistencia, ó sin ella?

BELÉN

De comer no nos ha dicho nada. Cuando vuelva se lo preguntaremos.

DONATO

De todas maneras, es un alivio para ustedes. Yo le tengo por formal.

BELÉN

Pues yo, mientras no vea su formalidad...

DONATO

Es muy raro esto... Ahora me acuerdo... Alguien me ha dicho que este primo mío, en los tres años de su residencia en Buenos Aires, ha trabajado mucho...

BELÉN

¿En qué?

PELEGRÍN

¿En el comercio, en la banca?

DONATO

Nada de eso. En la policía. Ha estado largo tiempo en el servicio personal del presidente, y ahora, al verle aquí tan de improviso, me malicio que viene á Madrid con una misión policíaca.

PELEGRIN

¿Comisión policíaca? ¡Ah, ya!

BELÉN

Vendrá, como quien dice, en persecución de algún criminal que se ha fugado de aquel país.

PELEGRIN

Puede ser. Madrid es escondite seguro para los criminales... Pero á nosotros no nos importa eso nada. Vamos á lo nuestro: Donato, ¿viene usted á pagarme mi cuenta?

DONATO

Sí. (Saca del bolsillo la cuenta de Pelegrín.) Hoy les traigo el panecillo para unos días.

BELÉN

Venga pronto, Donato, que ya estamos en las ansias del ayuno forzoso.

DONATO

(Leyendo la cuenta.) Por mis trabajos desde el primero del corriente hasta...

PELEGRIN

Deje usted el detalle y vamos al total.

DONATO

Cuatrocientas setenta y ocho pesetas con diez y siete céntimos. (Saca del bolsillo un paquetito de billetes y bastante plata en duros y pesetas, y lo pone sobre la mesa.)

PELEGRIN

(Extendiendo el dinero.) Venga, venga.

BELÉN

A mí, á mí, que tengo que tapar muchos agujeros: la casa... la tienda... el zapatero...

ESCENA V

LOS MISMOS.—SALOMÓN

SALOMÓN

(Entrando.) Ya tengo aquí mis maletas.

BELÉN

Pues venga usted á tomar posesión de su gabinete.

SALOMÓN

No tengo prisa. (Observando atentamente la mesa donde Pelegrín reparte su dinero.) Bien, amigo Pelegrín, parece que estamos ricos.

PELEGRIN

La pobreza tiene también sus horas de júbilo. Donato me ha traído el importe de esta cuentecita.

BELÉN

Y apenas cobrada, tenemos que ir dando á éste y al otro.

SALOMÓN

¿Quiere usted oir una sentencia, que debe observar al pie de la letra?

PELEGRIN

Como sentencia de Salomón, debe ser la propia sabiduría.

SALOMÓN

(En tono enfático.) Pues allá va: «Cobra y no pagues, que somos mortales.»

BELÉN

A este infeliz marido mío no le venga us-

ted con proverbios salomónicos, porque él los vuelve del revés y dice: Yo pago y me muero de hambre.

DONATO

Pelegrín es tan dadivoso, que le molesta el peso de su dinero en el bolsillo.

SALOMÓN

No hay que ser así, amigo Pelegrín; no dé usted aire al dinero; abríguelo, acarícielo; sea usted allegador; no le importe que le llamen roñoso. Del rico es la esplendidez; del pobre la tacañería.

ESCENA VI

LOS MISMOS.—NATALIA, entrando por la izquierda.

NATALIA

(Gozosa, mira el dinero que está sobre la mesa.) A tiempo llego; vengo por la parte que me toca.

BELÉN

(Presentando á Salomón.) Mi hija Natalia.

SALOMÓN

Ya la he reconocido.

NATALIA

Mi hermanita me ha dicho que estaba usted aquí y que le tenemos de huésped.

SALOMÓN

Así es. Mucho gusto tengo en ver á usted, Natalia. Recuerdo que usted se casó unos días antes de irme yo á América.

NATALIA

Es verdad.

SALOMÓN

¿Y vive usted con sus padres?

NATALIA

No, señor; vivo con mi marido y mis dos hijitos, en el segundo interior de esta misma casa.

SALOMÓN

Luego tendré el gusto de saludar á su marido. Y ahora, doña Belén, lléveme usted á mi gabinete, que quiero mudarme de ropa.

BELÉN

Venga. (Vase con Salomón.)

ESCENA VII

PELEGRÍN, DONATO, NATALIA; luego BELÉN y CRUCITA.

NATALIA

¿Y de veras os conviene este hombre para huésped?

PELEGRIN

Yo creo que sí.

NATALIA

¿Habéis ajustado lo que os ha de dar?

DONATO

Por de pronto, Pelegrín, le ha dado á usted un buen consejo. Que no sea dadivoso, que guarde su dinero; que no mire tanto por los demás; que mire por usted, que es el número uno.

PELEGRIN

Ya estoy enterado. Cada uno es como Dios lo ha hecho.

DONATO

Y volviendo á mi primo Salomón, les diré que, á mi parecer, ha venido á Madrid con

una misión misteriosa. En algún periódico he leído que en Buenos Aires robaron un collar de perlas de muchísimo valor.

NATALIA

¿Collar de perlas? ¡Qué bonito sería!

DONATO

Y que se sospechaba que el ladrón era un español, que embarcó para la Península en no sé qué fecha.

PELEGRIN

Con eso nada tenemos que ver nosotros.

BELÉN

(Entrando.) Allá queda en su gabinete lavándose la cara.

NATALIA

Ya estamos solos. A ver, papá, qué es lo que me vas á dar.

PELEGRIN

¿Cuánto necesitas?

NATALIA

Por de pronto, seis duros.

BELÉN

Poco á poco. Antes hay que atender á otras obligaciones.

NATALIA

Todas esas obligaciones tengo yo, y además médico y botica.

DONATO

¿Pero no está ya bien su marido?

NATALIA

Está convaleciente de la tifoidea que le tuvo á la muerte, y tengo que darle tónicos, reconstituyentes...

PELEGRÍN

Sí, hija mía, sí; necesitas asegurar la salud de Alfredito, para que pueda continuar sus estudios y acabar su carrera.

NATALIA

Lo que te pido, papá, es para medicinas, que de la cuestión de libros y estudios luego hablaremos.

BELÉN

Pide por esa boca, que aquí estamos en la opulencia para costear carreras dispendiosas á señoritos que mejor estarían trabajando en un oficio.

NATALIA

Pero, mamá, ya sabes que á mi Alfredo sólo le falta un año para terminar la carrera de ayudante de Obras públicas, y que no pierde el tiempo. Se pasa el día dibujando.

BELÉN

Es un gran dibujante; ya lo sabemos.

NATALIA

¡Si vieran ustedes los planos que ha hecho de casas baratas, palacios y catedrales, se quedarían turulatos!

PELEGRIN

De los estudios de Alfredo hablaremos. Confío en que Dios ha de darnos para todo. Por de pronto, hija, te daré los ocho duros que me has pedido. (Con ademán de coger el dinero.)

BELÉN

(Jocosa, cortándole el movimiento.) ¡Eh, eh, cuidado! Ella no te ha pedido más que seis, y le das ocho. (Entra Crucita.)

CRUCITA

Mamá, ¿me das para la compra?

BELÉN

Antes vete á dar una vuelta por la casa á ver qué hace ese caballero del gabinete.

CRUCITA

El señor Salomón fué á la cocina y destapó los pucheros, y mirando lo que había, dijo: «¡Qué buen trato se da esta gente!» Luego entró en la despensa, y viendo dos botellas de vino, una llena y otra vacía, dijo: «Este vino es muy caro.» Luego miró el jamón y un pedazo de queso, y dijo: «¡Qué lujo gastáis, niña!» (Imita el acento argentino.)

BELÉN

¿Y á eso llama lujo ese tío? ¡Qué entrometido y qué fisgón!

PELEGRIN

Salomón es hombre observador, y por lo que nos ha dicho, lleva siempre consigo la economía doméstica.

BELÉN

Silencio, que aquí viene.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—SALOMÓN

SALOMÓN

(En tono autoritario.) Amigo Pelegrín, en el corto tiempo que llevo en su casa, he podido observar que no subordina usted sus dispendios á los ingresos que obtiene con su trabajo.

BELÉN

¿Usted qué sabe?

SALOMÓN

Hace un instante, pasando junto á esa puerta, oí sin querer; oí que usted daba á su hija más dinero del que le había pedido.

PELEGRIN

(Turbado.) Es que... (Todos se miran con asombro.)

NATALIA

Pero, señor Salomón, ¿es usted el que manda en esta casa?

SALOMÓN

Yo no mando; propongo y recomiendo la buena administración.

DONATO

Eso está bien.

SALOMÓN

Señor Pelegrín, si usted no administra bien sus intereses, le espera el descrédito, la ruina.

BELÉN

(Con acrimonia.) Nosotros administramos, sí, señor; y si quiere uster ver un ejemplo de buena administración, oiga: ¿Cuánto nos va á dar por su hospedaje y comida?

SALOMÓN

Así me gusta. Usted me dijo que cuatro pesetas.

NATALIA

Me parece poco.

PELEGRIN

Cállate tú.

SALOMÓN

Cuatro pesetas sin extraordinarios; comeré en familia con ustedes, y si pidiera algún extraordinario, lo pagaré aparte.

PELEGRIN

Aceptado.

DONATO

No hay más que hablar.

BELÉN

Pero como nosotros no tenemos capital, y aquí no hay más ingresos que lo que gana este desdichado marido mío, sírvase usted adelantarnos lo de cada semana.

DONATO

A eso accederás.

SALOMÓN

De muy buena gana; pero como yo vea en esta casa despilfarros, lujos impropios de

su pobreza, prodigalidades, excesos de caridad mal entendida..., etc..., etc..., me marcho, y alquilen ustedes su gabinete á un perdulario que les coma un codo y se escape sin pagar. Hoy pagaré la primera semana adelantada; pero me dará usted el recibo de la cantidad que les entrego.

PELEGRIN

Muy bien.

SALOMÓN

Apunte usted en un cuaderno las cantidades que da y que recibe.

BELÉN

Bueno, bueno.

SALOMÓN

Y además, lleve usted cuenta exacta de lo que cobra por sus trabajos de grabador.

DONATO

Esa cuenta la llevo yo.

NATALIA

(Burlándose.) Adelante con los requilorios.

SALOMON

Donde no hay economía, orden, exactitud

y escrupulosa inspección de los ingresos y egresos, como decimos en América, sobreviene sin remedio la ruina. Doña Belén: póngame el recibo del adelanto semanal, y añada una peseta.

NATALIA

¿De propina?

SALOMON

Esa peseta que doy de más, es el estipendio por una licencia que he de tomarme, si ustedes lo consienten.

BELÉN

¿Qué?

SALOMON

Que no estaré limitado al estrecho recinto del gabinete, sino que podré recorrer libremente toda la casa, incluso las habitaciones en que ustedes guardan baúles, trastos viejos..., etc..., etc...

PELEGRIN

Como aquí no hay secretos, registre usted todo lo que quiera.

BELÉN

Venga usted, señor Salomón, y le enseña-

ré lo que aún no ha visto de esta pobre vivienda.

SALOMON

Vamos allá. (Vanse Salomón y Belén por la derecha.)

ESCENA IX

PELEGRÍN, DONATO, NATALIA, CRUCITA

PELEGRIN

Donato, ¿qué piensa usted de su primo Salomón?

DONATO

Que es hombre de conciencia muy recta, pero algo extravagante.

NATALIA

En la rectitud de su conciencia no me meto; su extravagancia bien á la vista está; pero hay en este hombre algo más que no entiendo: en todo se mete, todo lo quiere gulusmear.

DONATO

Nadie me quita de la cabeza que mi primo ha venido á Madrid para la busca y captura

del ladrón que en Buenos Aires robó el collar de perlas.

PELEGRIN

¿Y creerá que tenemos nosotros el collar?

NATALIA

Como no sea la ristra de ajos que está en la despensa...

CRUCITA

Prepárate, Natalia. Salomón te va á registrar toda tu casa.

NATALIA

Que registre; encontrará un tesoro... en papeletas de empeño.

PELEGRIN

Y usted, Donato, no se escapa de que le registre su joyería.

DONATO

(Caviloso.) En eso estaba pensando. Querrá saber si tengo collares de perlas; si sé de alguna venta que se haya hecho en Madrid.

PELEGRIN

Pues son ustedes primos, interróguele...

NATALIA

Con habilidad, y trate de adivinar sus intenciones.

DONATO

Le interrogaré de una manera capciosa, porque estos detectives son muy sutiles, y cualquiera los coge. (Oyendo cercana la voz de Salomón.)

ESCENA X

LOS MISMOS.—SALOMÓN, BELÉN

SALOMON

(Entrando.) Pero, señora, ¿qué despilfarro es este? ¿Por qué no compra usted las patatas al por mayor? Ya sabe usted que en la Plaza de la Cebada vale un quintal de patatas ocho pesetas, y se economiza usted lo que ha de ganar el tendero.

BELÉN

Pero el porte de la saca me cuesta dos reales.

SALOMON

Pues yo las traeré, que yo sirvo para todo. (Todos se ríen.)

PELEGRIN

¿Usted haciendo de mozo de cuerda?

SALOMON

Yo tengo que enseñar á ustedes el arte de la vida. Y también les digo que las peladuras de las patatas no se deben tirar á la basura.

NATALIA

Pues qué, ¿nos las vamos á comer nosotros?

SALOMON

Sí; que algo significan las evoluciones de la materia. En ese patio, que para nada sirve, pongan ustedes dos ó tres parejitas de conejos. Yo les enseñaré á construir las conejeras con cuatro ladrillos y cuatro tablas.

TODOS

¡Ah, ya!

SALOMON

Los conejos se comen las mondaduras y desperdicios, y cuando estén gordos se los comen ustedes. Si ponen la conejera, yo añado otra peseta al estipendio semanal.

BELEN

(A Crucita, cogiendo dinero del montón que tiene Pelegrín ante sí.) Toma: trae aceite, jabón y medio kilo de chuletas de ternera.

SALOMON

Si esas chuletas son para mí, no las traigas.

NATALIA

Son para mí, que hoy me llevo á mi padre á casa para que coma con nosotros.

BELEN

Vete, Crucita. (Vase Crucita.)

DONATO

(Levantándose.) Yo me voy; me he entretenido demasiado.

PELEGRIN

Si tiene usted otros encargos para mí, tráigamelos pronto. Esta noche me pongo á trabajar. ¡Ay, qué vida esta! (Sigue hablando con su familia.)

DONATO

(Coge de un brazo á Salomón, y lo lleva hacia la izquierda para hablarle aparte.) Un momento, Pepe. Tengo que hablar contigo.

SALOMON

Cuando quieras.

DONATO

¿Dónde nos veremos?

SALOMON

Aquí; yo no salgo.

DONATO

Ya; tus ocupaciones están aquí.

SALOMON

Aquí, por el momento.

DONATO

Ya, ya. He notado en ti cierto misterio.

SALOMON

Quizás.

DONATO

Tú has venido á indagar, á olfatear.

SALOMON

Ciertamente.

DONATO

¿Podremos hablar aquí con libertad?...

SALOMON

Sí; en mi gabinete te espero.

DONATO

Pues hasta luego. (Vase Donato.)

ESCENA XI

SALOMÓN, PELEGRÍN, BELÉN, NATALIA; después DOÑA ELADIA.

PELEGRIN

¿Y usted no sale, amigo Salomón?

SALOMON

No.

BELEN

¿No va usted á dar un paseíto?

SALOMON

Yo paseo en casa; así me ahorro calzado y encuentros desagradables con pedigüeños. (Suena la campanilla.) ¡Ay!

BELEN

Natalia, abre. (Vase Natalia.)

SALOMON

Prepárense; me da en la nariz que el que ha llamado es un sablista.

BELEN

(Mirando por la puerta.) Es doña Eladia.

SALOMON

Y esa doña Eladia, ¿quién es?

PELEGRIN

Una señora respetabilísima, de ilustre familia, que ha venido á menos...

SALOMON

¡Hum...! (Entra doña Eladia, señora de cuarenta años, buena presencia y finos modales, vestida de negro y tocada con velo de ala de mosca.)

PELEGRIN

Adelante, doña Eladia. Me alegro de verla. ¿Y cómo estamos de salud?

ELADIA

¿Cómo quiere usted que esté con esta vida de sinsabores y angustias?...

SALOMON

¡Hum...!

BELEN

Siéntese, doña Eladia. (La llevan al sofá.)

ELADIA

Crean ustedes que es para mí el más violento de los sacrificios venir á molestarles... Yo no sirvo..., no sirvo para esto. Mi educación y mi dignidad me ponen una mordaza en la boca.

SALOMON

(Vivamente.) Quítese la mordaza, señora, y explíquese luego.

PELEGRIN

(Advirtiendo el asombro de doña Eladia al oir á Salomón.) Nuestro amigo don José Salomón,

que ha venido de América... Doña Eladia, puede usted hablar con confianza.

BELÉN

Aquí estamos en familia. Hable, señora.

ELADIA

Con profunda aflicción digo á ustedes, amigos queridísimos, que mi pleito no ha sido aún sentenciado en el Supremo; pero lo será favorablemente dentro de un par de semanas. Yo, Eladia de la Cerda, heredaré los bienes patrimoniales de la nobilísima casa de Alburquerque.

SALOMON

¡Hum...! (Aparte.) Malo, malo, malo.

BELEN

Tenga paciencia, doña Eladia.

PELEGRIN

Ya cobrará usted.

SALOMON

¿Y cuánto cobrará si gana el pleito?

ELADIA

Contantes y sonantes, un millón ochocientas mil pesetas.

SALOMON

Pues de antemano felicito á usted... para cuando lo gane.

PELEGRIN

Pero por de pronto, señora mía, se ve usted en una escasez vergonzosa para su clase.

ELADIA

¡Figúrese usted, mi querido Pelegrín, lo que yo estoy sufriendo!... Mis sobrinas Efigenia y Lucrecia, que cosen á máquina para traer á casa algunos recursos, están hoy sin trabajo. ¡Ay!

SALOMON

(Aparte.) ¡Hum...! Pelegrín, ya estás perdido.

PELEGRIN

Pues yo, señora doña Eladia, que como usted sabe trabajo sin descanso para mantener á esta familia, no puedo socorrerla á usted más que con la exigua cantidad de... cinco duros. (Los coge.)

ELADIA

(Con viva emoción, echándose á llorar.) ¡Ay, Pelegrín de mi vida! ¡Es usted un santo! Dios le premiará. (Enjugando las lágrimas.)

SALOMON

(Aparte.) Este hombre no tiene enmienda.

ELADIA

(Coge los cinco duros y besa la mano de Pelegrín, mojándole con sus lágrimas.) Gracias, amigo mío; es usted mi salvación.

SALOMON

(Aparte.) Ya te daría yo la salvación con una estaca. Lárgate pronto. (Doña Eladia se despide de Belén y Natalia.)

ELADIA

Adiós, amigas del alma. (Le hace una reverencia á Salomón. Suena la campanilla. Vase doña Eladia con Belén, que le acompaña hasta la puerta.)

SALOMON

Otra tenemos.

ESCENA XII

PELEGRÍN, SALOMÓN, NATALIA, BELÉN, POLONIA, mujer del pueblo, pobremente vestida, de aspecto famélico; trae una niña pequeña de la mano.

POLONIA

(Quedándose en la puerta, llorosa.) Don Pelegrín, perdone.

SALOMON

(Muy incomodado, paseándose por la estancia.) Sigue la avalancha de la mendicidad. Esto es inaguantable. (Paseándose.)

PELEGRIN

(Se pone en pie y empieza á quitarse la blusa larga.) Pase, Polonia, y dispénseme; tengo que ir á comer con mi hija.

BELEN

¡Pobrecita! Me han dicho que hoy no ha comido nada. Pase, pase.

POLONIA

(Avanzando un poco.) No sé cómo he podido subir la escalera; vengo muerta.

PELEGRIN

Y esta criaturita, ¿también está en ayunas? Natalia, tráele una taza de caldo.

NATALIA

Y un zoquete de pan y queso para la chiquilla.

SALOMON

Caldo para la madre y pan para la chiquilla. Aprobado, aprobado. Dinero, no. ¡Ojo al Cristo! Yo le daré cinco céntimos, y nada más, nada más.

NATALIA

(Volviendo con la taza de caldo y el pan y queso para la chiquilla.) Aquí está.

POLONIA

¡Ay! ¡Dios premie las almas caritativas! (Bebe el caldo con avidez, y la chiquilla devora el pan.)

NATALIA

(A la chiquilla.) Come, rica, come; ya te traeré más.

PELEGRIN

¡Qué dolor! Es una pobre viuda que ha quedado en el mayor desamparo.

SALOMON

Yo la compadezco; debemos ser caritativos. Usted le ha dado el alimento, y no debe darle más, porque es usted tan pobre como ella. Cuando se marche, yo le daré esta perra chica. (La muestra.)

PELEGRIN

Sí, sí, pero... Diga usted, Polonia, ¿vive usted en el mismo sotabanco?...

POLONIA

Sí, señor.

BELEN

La pobrecita ha tenido que empeñar los colchones, las mantas...

SALOMON

(Aparte.) ¡Ya pareció aquello!

PELEGRIN

(En un rasgo de su habitual generosidad.) ¿En cuánto tiene usted empeñados los colchones?

POLONIA

En seis duros. (Salomón se lleva las manos á la cabeza.)

PELEGRIN

(Muy nervioso, coge un billete de cinco duros y un duro.) Tome usted, Polonia, y desempeñe en seguida esas prendas.

POLONIA

(Besando la mano de Pelegrín.) ¡Ay, don Pelegrín, Dios le dé muchas riquezas para remediar desdichas!

SALOMON

(Furioso, cogiendo á Pelegrín por la solapa, mientras Belén y Natalia acompañan á Polonia, que se va.) Venga usted aquí, disipador incorregible. ¿Ve usted estos cinco céntimos?

PELEGRIN

Sí; son los que usted quería dar á esa pobre mujer cuando se fuera.

SALOMON

Pues ahora los guardo para dárselos á usted cuando me lo encuentre en medio de la calle en una noche fría pidiendo limosna.

ESCENA XIII

PELEGRÍN, SALOMÓN, BELÉN, NATALIA, CRUCITA; después DONATO.

NATALIA

(Presurosa.) Papá, vámonos ya. Mientras frío las chuletas, llega la hora de comer.

SALOMON

Que le aproveche, Pelegrín, y tenga cuidado, que mi oído sutil me dice que en la escalera hay cola de pedigüeños.

CRUCITA

Hay cola, sí, de escalera arriba.

PELEGRIN

(Guardando el dinero que le queda.) Vamos, hija. ¡Ah! Se me olvidaba. Toma, Crucita, lo que me has pedido para comprarte unos pendientitos. (Le da unas pesetas.)

CRUCITA

(Cogiendo el dinero.) Mejor será que lo meta

en mi hucha, que los tiempos están malos, papá.

SALOMON

Esta chiquilla es lo mejor de la familia. (Vanse Natalia y Pelegrín por la izquierda; Belén y Crucita por la derecha.)

ESCENA XIV

SALOMÓN, DONATO

DONATO

Ya estamos solos. ¿Vamos á tu gabinete para hablar con libertad?

SALOMON

(Cerrando todas las puertas para cerciorarse de que nadie les oye.) No, aquí estamos mejor; nadie nos oye.

DONATO

Bueno. Desde que supe tu llegada á Madrid, se me metió en la cabeza que vienes con un fin policíaco.

SALOMON

Así es, y el encontrarte á ti apenas llegado me ha venido de perlas.

DONATO

¡Ah! ¡De perlas! A eso voy.

SALOMON

De perlas he dicho, porque confío en que tú me ayudarás...

DONATO

(Asustado.) ¿Yo? Yo no tengo nada que ver en eso. Como joyero establecido en Madrid hace quince años, puedo decirte que el collar de perlas robado en la Argentina, no ha sido adquirido por mí ni por ningún otro del gremio. (Sorpresa de Salomón.) No me explico tu misión policíaca, y menos que estés registrando esta pobre casa como si...

SALOMÓN

Esta casa es el centro de mis pesquisas. No por el collar de perlas, sino por las perlas desgranadas y la gran cantidad de diamantes de grandísimo valor que traigo yo en mi maleta hasta una cifra considerable. (Estupor de Donato.) No lo entiendes. ¿Verdad que no lo entiendes?

DONATO

O es un cuento de las mil y pico de noches, ó no entiendo una palabra.

SALOMON

Y el hecho de que yo traiga ese dinero en mi maleta no significa que sea un ladrón, ni menos que yo sea un personaje de esos dramas policíacos que están ahora tan en boga en los teatros de Madrid.

DONATO

Pues ahora lo entiendo menos.

SALOMON

Siéntate aquí. (Le señala la silla de Pelegrín, y registra todas las puertas á ver si están cerradas; vuelve luego junto á Donato, y se sienta frente á él.) Lo que voy á contarte es reservadísimo, y has de jurarme que quedará entre nosotros, sin que con palabras ni gestos lo dejes traslucir á esta pobre gente. ¿Me lo juras?

DONATO

No necesito jurar, ya me conoces; guardaré el secreto. Habla; lo que me cuentes que-

dará encerrado en mi corazón como en una tumba.

SALOMON

Ya sabes tú que este infeliz Pelegrín tiene un hermano en América.

DONATO

Ya lo sé: Jacobo Mendrugo, que se fué allá muy joven; yo no le conocí.

SALOMON

Se fué muy joven y trabajó en el Gran Chaco largo tiempo, criando el ganado en fincas cuya extensión se cuenta por leguas; vida errabunda, casi salvaje. Los propietarios de esos inmensos terrenos moran en barracas y visitan á caballo su hacienda.

DONATO

Ya sé: he oído referir esa vida á Damián, el tío de mi mujer.

SALOMON

Pues en veinte ó treinta años de esa existencia ruda y primitiva, Jacobo Mendrugo labró un capital considerable; y al verse rico,

creyó que el oro bastaba para presentarse ante el mundo civilizado como persona sociable digna de todos los respetos.

DONATO

De eso ya tuve yo noticia. Jacobo Mendrugo, al pasar de la vida pampera á la vida refinada de Buenos Aires, era un bárbaro sin nociones de cultura, del cual se reía todo el mundo.

SALOMON

Y lo mismo es ahora; y además de bárbaro, lo más tacaño y miserable que puedes imaginarte. Negociando en agios y combinaciones bancarias de mal género, ha multiplicado su fortuna considerablemente; y con todo ese caudal, vive en pobreza vergonzosa; él mismo compra en el mercado las escasas vituallas de que se alimenta; viste como un mendigo astroso, y no da limosna á un pobre así le fusilen.

DONATO

¿Y tú has tratado íntimamente á ese tío sórdido, antipático?

SALOMON

En los tres años que he pasado en la Ar-

gentina, he sido quizá la única persona en quien Jacobo Mendrugo ha puesto su confianza.

DONATO

¿Y te ha dado algo?

SALOMON

Nada.

DONATO

¿Cómo no socorre á este pobre hermano?

SALOMON

Espérate un poco, que aún te falta oir lo mejor del cuento. Jacobo posee en Buenos Aires una calle entera de magníficas casas.

DONATO

Y en Madrid tiene también cinco ó seis.

SALOMON

Que adquirió por pacto de retro del Marqués de los Zarzales. El tacaño Jacobo, que es muy viejo y ve próximo su fin, hizo testamento hace cuatro meses; yo fuí testigo. Las casas de Buenos Aires y lo que tiene en valores públicos lo lega á tres hijos natura-

les que tuvo en la Pampa, y que son tan brutos y tacaños como él.

DONATO

(Vivamente.) Ya entiendo. Y las casas de Madrid son para este desdichado Pelegrín.

SALOMON

No; ten paciencia y espera á que te explique la misión policíaca ó fiscalizadora que yo traigo.

DONATO

Sigue.

SALOMON

Cuando decidí venir á Madrid por asuntos míos particulares, el Mendrugo terriblemente duro de allá me dió el encargo de vigilar escrupulosamente al Mendrugo tierno de acá, para ver si continuaba, pródigo y manirroto, derramando su dinero entre los desvergonzados y holgazanes, ó se había corregido de estos graves defectos, apretando el puño y guardando bajo cien llaves el oro, la plata y el cobre. Hízome este encargo don Jacobo con extraordinaria solemnidad, encerrado conmigo en el miserable aposento donde mora. Hablaba con intensa emoción,

que jamás había yo visto en él. Inspirado y casi elocuente, se dejó decir que lo que el vulgo llama tacañería es la religión del egoísmo, y que la razón madre de todas las razones es yo, yo y siempre yo.

DONATO

¡Valiente bruto!

SALOMON

Dijo también que en su familia no consentía ningún pródigo, y que si Pelegrín lo era, lo repudiaba, lo maldecía, y no le tenía lástima así le viera morirse de hambre.

DONATO

Tremendo es el hombre. Como ese hay muchos aquí y en todas partes.

SALOMON

A esa primera conferencia siguió otra, en que me encargó vigilara muy de cerca á Pelegrín. Ya ves que para desempeñar ese encargo me instalo en la propia casa del Mendrugo tierno.

DONATO

Y que cumples tu misión como el cómico más perfecto. ¿Y vas ganando algo por esto?

SALOMON

Sí. Dos días después de lo que te he contado me otorgó un poder en regla para que yo venda en Madrid las cinco casas de la calle Velázquez, y que el importe de ellas, reservando diez mil duros para mí, lo entregase á Pelegrín, siempre y cuando, fíjate, Donato: siempre y cuando que el Mendrugo tierno hubiese entrado por el aro de la sordidez y de la dureza de corazón. Como ves, es para mí un caso de conciencia obedecer lo que me ha mandado Jacobo Mendrugo.

DONATO

¿Y qué prueba has de dar á Jacobo de que su hermano se ha corregido? Porque es evidente que ya no se puede corregir.

SALOMON

Pues precisamente para eso cuento con que me ayudes. Tú, que le das trabajo á este hombre y que tienes tanta influencia sobre él,

trata de inducirle á que haga actos de tacañería en los cuales pueda yo fundar la donación. Si tú me ayudas en esto, partiré contigo los diez mil duros que me corresponden por esta comisión.

DONATO

Estamos conformes; yo veré si puedo...

SALOMON

El caso es que yo pueda poner á don Jacobo un cablegrama que diga: «Pelegrin ha dejado morir de hambre á sus hijos por no gastar dos reales en gallineja.»

DONATO

¿Y por qué no pones ese telegrama ú otro semejante aunque no sea verdad?

SALOMON

No puedo mentir. Ya conoces mi carácter; soy de una rectitud inflexible. Además, don Jacobo es muy ladino y se enteraría de mi engaño. No; eso no puede ser.

ESCENA XV

LOS MISMOS.—PELEGRÍN, que vuelve de comer en casa de su hija Natalia; después BELÉN y CRUCITA.

PELEGRIN

Ya estoy aquí otra vez.

SALOMÓN

¿Y qué tal? ¿Ha comido usted bien?

PELEGRIN

Regular.

SALOMÓN

Pues aquí no hemos comido todavía. Señora Belén: ese cocido, ¿no está?

BELÉN

Está; pero espero á Crucita con el pan. (Entra Crucita con la cesta vacía.—Belén, registrando la cesta.) El pan, ¿dónde está?

CRUCITA

(Candorosa.) Mamá, no me riñas.

BELÉN

(Incomodada.) Pero ¿qué has hecho del pan?

CRUCITA

No me riñas, mamá. Se lo he dado á unos niños abandonados que iban llorando por la calle, porque su madrastra, que es muy mala, los echó de casa sin darles de comer. Además, les dí treinta céntimos que me habían quedado.

BELÉN

(Furiosa, queriendo pegarle.) Bribona, ¿por qué no se lo diste de lo que tienes en tu hucha?

CRUCITA

Porque tenía que venir á casa para romperla y sacar el dinero.

PELEGRIN

(Echando mano al bolsillo.) Toma, hija, para que traigas el pan otra vez. (Alelado, al ver que sus bolsillos están vacíos.) ¡Ay! No me queda nada.

DONATO

Pero qué, ¿ha gastado usted ya todo lo que le traje esta mañana?

PELEGRIN

(Aturdido.) Por lo visto, sí; al subir me acometieron en la escalera...

SALOMON

(Fingiéndose colérico, saca dinero de su bolsillo.) Toma, Crucita, para que traigas el pan otra vez. Has hecho bien en no romper tu hucha. Donato, ven conmigo. (Aparte á Donato, al salir.) ¿Lo ves? Este Pelegrín no tiene enmienda.

DONATO

No la tiene, no.

SALOMON

No hay salvación para esta familia.

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

BELÉN, arreglando la mesa que está muy desordenada. Entra CRUCITA.

CRUCITA

Mamá, me has dicho que tengo que salir á comprarte no sé qué.

BELEN

¡Ay, hija! Tenemos tan poco dinero que...

CRUCITA

Pues te traeré mi hucha, para que la rompas y saques los cuartitos que necesites.

BELEN

No. Luego llevarás un recado á Donato, á ver si...

CRUCITA

Iré ahora mismo, si quieres.

BELEN

Todavía no... ¿Has visto cómo está hoy Salomón? En dos semanas que lleva aquí, nunca le he visto tan compuesto y elegante.

CRUCITA

Desde ayer anda metido en cosas de Bancos y Bancas, y en ese fregado que llaman la Bolsa.

BELEN

¿Saldremos ahora con que nuestro huésped, que entró en casa haciéndose el pobre, resulta que tiene el riñón bien cubierto?

CRUCITA

Pobre no es. Para mí ha sido una suerte que Salomón entrara en nuestra casa.

BELEN

No sé, no sé; hay algo misterioso en él.

CRUCITA

Misterioso ó no misterioso, es hombre simpático. Anoche soñé con él.

BELEN

Siempre estás tú con sueños y tonterías.

CRUCITA

Déjame que te explique. Soñé con él, porque ayer tuvimos aquí una conversación... Muy cariñoso, me dijo que soy lista y buena, y que valgo más de lo que mi familia cree.

BELEN

¡Tontuela, vanidosilla! ¿Tú crees esas bromas que gastan los hombres para pasar el rato?

CRUCITA

Me dió, como todos los días, una pesetilla, y luego me dijo: «Mañana ó pasado te daré un cofrecito de plata para que guardes tus ahorros.» Por eso soñé con él.

BELEN

En el tomar no hay engaño; coge lo que te dé. (Sintiendo pasos.) ¿Quién viene?

CRUCITA

Salomón.

BELEN

Vámonos. (Dirígense hacia la derecha.) No, no; quédate tú, á ver qué te dice... (Vase Belén. Crucita se queda, y por disimular, se pone á limpiar los muebles con un paño.)

ESCENA II

CRUCITA, SALOMÓN, que entra por la izquierda, vestido con elegancia; después DOÑA ELADIA.

SALOMON

¡Hola, Crucita! Tú siempre trabajando.

CRUCITA

¿Qué hemos de hacer? Somos pobres y no tenemos criada.

SALOMON

Esta mañana muy temprano te sentí fregando los suelos. Estarás rendida.

CRUCITA

Yo no me rindo.

SALOMON

Así me gusta, activa y hacendosa; serás una mujer de mérito, y cuando te cases, harás la felicidad del que tenga la suerte de ser tu marido.

CRUCITA

(Burlándose.) ¿Casarme yo, señor Salomón? ¿Quién me va á querer á mí, una chica pobre, sin ningún atractivo?...

SALOMON

(Risueño, sentándose.) No te achiques; atractivos tienes y no pocos; eres bondadosa, caritativa, y además muy casera y económica; ¿qué sería de esta desdichada familia sin su Crucita?

CRUCITA

¡Ay, qué guasón está hoy don José! Yo no valgo nada. No es ningún mérito estar trajinando en la casa todo el día; hay que barrer, hay que lavar, hay que coser, y á cada instante: «Crucita, vete á traer tal cosa; Crucita, lleva este recado; Crucita, por acá y Crucita, por allá...»

SALOMON

¿Y no te dan algún descanso los domingos

por la tarde para que vayas de paseo con tus amiguitas?...

CRUCITA

(Riendo.) ¡Ja, ja! ¡Amiguitas yo!

SALOMON

Podías ir al Retiro á ver la Casa de Fieras.

CRUCITA

Para casa de fieras, esta casa mía.

SALOMON

Podrías ir á un teatro... á un cine...

CRUCITA

¿A un teatro yo... con estos trapillos?

SALOMON

¿No tienes ropita? Ven acá. (Le coge una mano.) Pues yo te voy á comprar un vestido.

CRUCITA

(Avergonzada.) Yo se lo agradezco; pero no puede ser, no lo consiento. Ahora resulta que

no es usted económico, y que no practica lo que tanto le predica á mi padre.

SALOMON

Cállate, tontuela: yo sé lo que tengo que hacer. Te ofrecí un cofrecito de plata para guardar tus ahorros, y ahora te ofrezco un traje sencillito, económico (mirándole los pies), y unos zapatos...

CRUCITA

¡Ay, don José! Usted se está quedando conmigo.

SALOMON

(Levantándose.) No me quedo, me voy, y dejo para tu madre este recado: que si no estoy aquí á la hora de comer, no me esperen.

CRUCITA

Ya. Que hoy no comerá usted en la casa de fieras.

ELADIA

(En la puerta de la izquierda, llamando desde fuera.) ¿Se puede?

CRUCITA

Aquí tiene usted á la Osa mayor, doña Eladia. (Vase corriendo por la derecha. Entra doña Eladia.)

ESCENA III

SALOMÓN, DOÑA ELADIA; después BELÉN.

ELADIA

(Entrando por la izquierda. Trae un sombrerete estropeado y con las plumas rotas.) Me dicen que no está Pelegrín.

SALOMON

¿Venía usted á pedirle algo?

ELADIA

¡Oh, no! Venía á consultarle un asunto.

SALOMON

¡Hum...!

ELADIA

Puesto que Pelegrín no está, pediré consejo á usted.

SALOMON

¿Y qué? ¿Ya tiene usted el fallo del Supremo que la pone en posesión de su riqueza?

ELADIA

Casi, casi; me han dicho que de hoy á mañana tendremos el fallo.

SALOMON

Pues si no es un fallo fallido, felicito á usted, señora. (Se descubre.)

ELADIA

Ahora viene mi turbación y perplejidad. Pasar bruscamente de la escasez á la opulencia es cosa grave.

SALOMON

Lo grave es lo contrario.

ELADIA

Tiene usted razón; pero yo me encuentro sin saber qué hacer. Mi primera idea fué comprar el palacio donde nací; pero está en poder de burgueses enriquecidos que no quieren venderlo.

SALOMON

Pues construya usted otro.

ELADIA

No me hable usted de construir. Se tarda mucho, y yo quiero una vivienda conforme á mi nueva posición.

SALOMON

Pues yo puedo proporcionarle á usted una casa espléndida, construída á la moderna con todo lujo y *confort*.

ELADIA

Eso; eso me conviene.

SALOMON

Precisamente hoy he vendido yo cinco casas, que eran de un propietario americano, y que reunen todas las condiciones que usted desea. Adquiera usted una de esas casas, y excusa usted de meterse en obras.

ELADIA

Y esa casa, ¿tiene salón?

SALOMON

Salones y gabinetes de varios estilos; comedores para grandes convites..., etcétera..., etcétera... Y ahora, señora, si usted necesita un buen administrador, estoy á su disposición.

ELADIA

Bien, bien; le tendré á usted presente.

SALOMON

Ya sabe usted que mi fuerte es administrar.

ELADIA

Un señor así me conviene para salvaguardia de mis intereses. Usted me dirá sus condiciones.

SALOMON

Dispénseme ahora, señora; tengo que ir al Banco, á la Bolsa, á la Dirección de los Registros...

ELADIA

Ya veo que tiene usted á su cargo intereses cuantiosos.

SALOMON

(Despidiéndose.) Estoy á sus órdenes, ilustre señora.

ELADIA

Yo me quedo aquí, que tengo que hablar con estas amigas.

SALOMON

¡Hum...! (Sale en el momento en que entran Belén, Natalia y Alfredo.)

BELEN

Salomón, ¿qué novedad es esa? Ahora está usted en la calle todo el día.

SALOMON

Así lo requieren mis asuntos. (Vase Salomón.)

ESCENA IV

DOÑA ELADIA, BELÉN, NATALIA, ALFREDO; después CRUCITA.

ELADIA

(Se sienta y saca unas muestras de telas de tapicería, lujosísimas; las enseña á sus amigas.) A ver, amigas, qué les parece de estas telas para tapizar mis muebles.

NATALIA

Por lo visto, se confirma que gana usted el pleito.

BELEN

(Mirando las muestras.) Preciosas telas.

ALFREDO

Si me permiten mi opinión, diré que yo

elegiría ésta; creo que la verdadera elegancia está en la sencillez.

ELADIA

Tiene razón Alfredito; decididamente elijo ésta de florecitas para el salón Pompadour.

BELEN

Ahora que va usted á ser rica, cuídese de administrar bien su caudal.

NATALIA

(Con cierta socarronería.) Doña Eladia, usted está todavía en buena edad, y sería muy acertado que se casara con Salomón.

BELEN

¡Ah, sí! Ese le defendería á usted el céntimo.

ELADIA

El himeneo entre personas de diferente condición social debe pensarse detenidamente. Reconozco en Salomón excelentes cualidades administrativas, y su físico no me desagrada.

ALFREDO

Mejor está usted libre que casada. Para

administrador yo podría servirle también; pero como estoy tan enfermo y tengo que ir á tomar baños...

ELADIA

¿Y qué hace usted que no se va ya?

BELEN

Es que no tenemos dinero.

ELADIA

Si usted puede esperar un par de semanas todo lo más, yo le pago el viaje á los baños de Vichy, Spa ó Carlsbad...

NATALIA

Gracias, doña Eladia: mi marido no puede ir tan lejos; ya se contentará con El Molar ó La Porqueriza.

BELEN

Pelegrín tendrá que buscar dinero para atender á la salud de su yerno.

ELADIA

Me causa gran pena ver á Pelegrín en estos afanes. ¿Y dónde está el bueno de Pelegrín?

BELEN

El pobrecito se ha echado un rato, porque anoche estuvo trabajando... ¿Quiere usted que le despierte?

ELADIA

¡Ah, no! Yo espero.

BELEN

(Llamando.) Crucita, ven. (Entra Crucita.) Vete á casa de Donato, y dile que si nos puede adelantar algo de lo que tiene que darnos mañana.

CRUCITA

Voy, mamá.

BELEN

Vete pronto, que hace falta; y si está allí Salomón, no te importe para dar el recado. (Vase Crucita. Todos los personajes están sentados junto á la mesa de Pelegrín.)

ALFREDO

Pues yo, doña Eladia, me alegraría mucho de que recobrara pronto la elevada posición que le pertenece.

ELADIA

¡Ay, hijo! Eso es ya como tenerlo en la mano.

ALFREDO

Dichosa usted que podrá proteger á los que, privados de medios materiales, trabajan sin descanso en la creación ideal de obras útiles y esperan una mano generosa que les dé realidad práctica.

NATALIA

Cuéntale á la señora tu proyecto de casas económicas...

BELEN

Ya sabe usted, doña Eladia, que Alfredito ha estudiado para Obras públicas y es un gran dibujante.

ALFREDO

En los ocios de mi enfermedad, me entretengo en trazar los planos para un barrio de casas baratas.

NATALIA

Viviendas muy lindas, con todo lo que pide la higiene y el *confort.*

ELADIA

¡Qué hermosa idea!

ALFREDO

Pero como falta el capitalista que...

ELADIA

Ya vendrá el capital; todo es cuestión de días...; de semanas.

ALFREDO

Pues si usted quisiera apoyar esta empresa, mi grupo de veinte casas se llamaría *Barrio de doña Eladia.*

NATALIA

Si ve los dibujos, seguramente se entusiasma.

ALFREDO

¿Por qué no sube usted un ratito á casa á ver todos mis trabajos?

BELEN

Suba, doña Eladia, suba.

ELADIA

De buena gana subiría; pero mi estómago desfallece á esta hora, y tengo que ir á casa

para tomar un reparito; de paso visitaré la fábrica de tapices para escoger mis alfombras.

NATALIA

Tiempo tiene de escoger las alfombras. Suba con nosotros á casa, doña Eladia, y participará de la modesta paella que tenemos para hoy.

ELADIA

Precisamente la paella es mi manjar favorito; acepto.

ALFREDO

Y después que vea las casas económicas, le enseñaré el proyecto de catedral gótica y un poquito mudejar.

ELADIA

(Levantándose.) ¿También hace usted catedrales?

ALFREDO

Hay inventiva para todo.

NATALIA

Y tiene un proyecto de panteón, verdaderamente regio.

ELADIA

Eso me conviene, porque pienso que mis

huesos y los de mi familia descansen en un recinto decoroso y noble.

NATALIA

Venga, señora.

ALFREDO

(Dándole el brazo.) Vamos arriba.

ELADIA

(Ceremoniosa.) Partamos. (Vanse Natalia, Alfredo y doña Eladia.)

BELEN

(Aparte, viéndoles salir.) Esta pobre doña Eladia está muerta de hambre; arma todas esas historias para que le maten el gusanillo. ¡De buena se ha escapado mi marido!

ESCENA V

BELÉN, PELEGRÍN

PELEGRIN

(Entrando por la derecha.) ¿Ya se fué la ilustre dama?

BELEN

Ha ido á comer con Natalia. Y tú, ¿has descansado?

PELEGRIN

Poco; tengo mi cabeza tan llena de preocupaciones... Me asaltan en tropel las ideas más absurdas; visiones... presentimientos...

BELEN

¿Buenos ó malos?

PELEGRIN

De todo hay. Voy á trabajar, que es la única verdad; trabajar hasta morir. (Cogiendo el buril y poniéndose el lente en un ojo.)

BELEN

Paciencia.

PELEGRIN

Vete á la cocina, y que la comida esté á su hora. (Vase Belén.)

ESCENA VI

PELEGRÍN, CRUCITA

PELEGRIN

Voy á grabar en esta placa... (Suena la campanilla.) ¿Quién será? (Entra Crucita, muy gozosa y brincando.) Chiquilla, ¿qué te pasa?

CRUCITA

(Da vueltas por la escena.) ¡Ay, qué alegría!

PELEGRIN

¿Vienes de casa de Donato?

CRUCITA

Sí.

PELEGRIN

¿Te ha dado algo para mí?

CRUCITA

No. (Extremando su alegría y sus brincos.) ¡Ay, papá! ¡Si supieras lo que te traigo!

PELEGRIN

(Impaciente.) Dilo pronto, loquilla. Ven acá. ¿Qué es lo que me traes?

CRUCITA

(Se sienta en las rodillas de su padre; le abraza y secreteando le dice:) Papaíto, vas á ser muy rico.

PELEGRIN

(Levantándose.) Chiquilla, no juegues; explícate de una vez.

CRUCITA

(Despacio.) Te van á dar... Espérate que me acuerde... Seiscientos mil duros.

PELEGRIN

¿Qué estás diciendo? ¿Lo has soñado, ó qué?

CRUCITA

Una cosa es soñar y otra cosa es oir.

PELEGRIN

¡Ah! ¿Lo has oído? ¿A quién?

CRUCITA

En casa de Donato oí una conversación entre él y Salomón. Hablaban bajito, pero como yo tengo un oído tan fino... tan fino...

PELEGRIN

Y en esa conversación, ¿nombraron á mi hermano Jacobo?

CRUCITA

Sí; y dijeron que habían vendido unas casas que el tío Jacobo tiene en Madrid, y que el tío viene aquí para darte los dinerales.

PELEGRIN

(Muy excitado.) Eso no es verdad, chiquilla. No es verdad, pero debiera serlo. (Con más fuerza.) ¡Debiera serlo!

CRUCITA

Y lo es. Mis oídos no me engañan.

PELEGRIN

Benditos sean tus oídos. (La besa efusivamente. Lánzase á una delirante agitación por la escena, gesticulando y dando voces.) Dueño de esos dine-

rales... ¡Ay, ay! ¡Que sea verdad, Señor!... Me daré el gustazo de hacer extensiva mi riqueza á los que nada poseen, á las clases menesterosas; ¡qué alegría! Seré el bienhechor de la humanidad... ¡Quién me lo había de decir! Fundaré doce..., quince escuelas magníficas, como no las hay en Madrid, donde los niños se instruirán con grandes maestros, revoloteando en los jardines; fundaré catorce comedores públicos, para que los hambrientos coman y se harten.

CRUCITA

Pon veinte comedores, y aún me parecen pocos.

PELEGRIN

Pues veinte, y cien dotes para doncellas pobres que se casen con obreros honrados. (Alzando la voz.) Y casas baratas para las familias humildes. (Gritando fuerte.) Y retiros para los viejos. Pelegrín no quiere nada para sí; todo para los demás. (Entra Belén, escandalizada por los gritos que da su esposo.)

ESCENA VII

LOS MISMOS.—BELÉN; después NATALIA, DOÑA ELADIA y ALFREDO.

BELEN

¿Qué te pasa, Pelegrín? ¿Estás loco?

PELEGRIN

(Exaltándose más.) ¡Nada para mí; para mí nada: todo para el pueblo menesteroso!

BELEN

Pero sosiégate. Estás alborotando la vecindad.

PELEGRIN

Alboroto, sí, señora; que me oiga todo el barrio y todo Madrid.

NATALIA

(Entrando asustada; tras ella Alfredo con planos en la mano, y doña Eladia con otro plano.) ¿Qué gritería es esa?

PELEGRIN

Es el júbilo de un hombre designado por

Dios para llevar un módico bienestar á las clases menesterosas.

ALFREDO

(Vivamente.) Al bajar de casa, oímos que usted hablaba con gran calor de casas baratas para obreros. Precisamente aquí traigo mis planos del barrio de casas baratas que patrocinará doña Eladia.

PELEGRIN

(Después de mirar vaga y rápidamente los planos, sigue gesticulando.) ¡Nada para mí; todo para el pueblo!

ELADIA

Amigo Pelegrín: por lo visto, usted está de enhorabuena, como yo. Comiendo en la casa de Natalia oímos sus gritos. Yo patrocino las casas baratas, y además estoy encantada con este palacio que ha proyectado Alfredo, con un presupuesto de quinientas mil pesetas. Si usted quiere costearlo á medias conmigo, se construirá para que lo habitemos la familia de usted y la mía.

PELEGRIN

(Desdeñando mirar el plano.) ¡Déjeme á mí de

palacios, doña Eladia! Para mi modesta familia, me basta con una de las casas económicas.

BELEN

(Aparte con Natalia.) Pero, ¿están locos?

NATALIA

Doña Eladia lo está rematada.

BELEN

Y tu padre también.

ALFREDO

Si para el palacio prefiere usted al estilo Renacimiento un estilo híbrido pseudoclásico, yo modificaré el proyecto.

BELEN

(A su hija.) Me parece que tu marido tampoco está en sus cabales.

ELADIA

(A Pelegrín.) ¿Qué estilo debo preferir para mi residencia señorial?

PELEGRIN

Estilo severo, sencillo y práctico. Alfredi-

to, ocúpate desde hoy mismo en hacerme los planos para veinte escuelas graduadas, con jardines, baños, comedores, gimnasio, etcétera, etc. (Donato, que aparece en la puerta momentos antes, se detiene asombrado de los disparates que oye. Crucita va hacia él.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—DONATO

CRUCITA

Señor Donato, ya le he dicho á mi padre que va á ser rico.

DONATO

¿De dónde has sacado eso?

CRUCITA

De lo que oí en su casa cuando hablaba usted con Salomón.

DONATO

(Avanzando.) Ahora me explico el desvarío que advierto en esta casa. (Cogiendo á Pelegrín por un brazo y llevándole á la silla donde tra-

baja.) Y usted, Pelegrín, ¿da crédito á esta chiquilla, que cuenta como verdades los disparates que sueña? (Estupor general.)

BELEN

(Cogiendo á Crucita como para castigarla.) Esta tontuela es la que ha soliviantado á su padre. Tú siempre soñando. ¿Sueñas con el cofrecito de plata que te ofreció Salomón?

CRUCITA

Después de lo que oí, sueño con un cofrecito de oro.

DONATO

(A Pelegrín, que está como alelado, sin poder articular palabra.) Siéntese usted, y póngase á trabajar en la obra que le encargué. (Coge el buril y se lo pone en la mano.) No se vive de ilusiones. Y usted, doña Eladia, tome dos duros y váyase á su casa, que si tiene la herencia no le faltarán palacios góticos, clásicos ó salomónicos.

ELADIA

(Después de titubear lloriqueando, coge el dinero.) Gracias, Donato. Pero yo, con permiso de estos señores, me quedo aquí, pues tengo que esperar á don Salomón, que me ha prometido ser mi administrador... mi administrador.

DONATO

(A Natalia y Alfredo.) Y ustedes recojan sus planos, y no vengan á sacar de quicio á esta pobre gente lanzándola á los espacios imaginarios.

ALFREDO

(Con mal humor, arrollando sus planos.) Yo trabajo para el público. Entendí que mi padre político se había sacado la lotería y que doña Eladia heredaba millones.

DONATO

Sueños, castillos en el aire. Hay que vivir en la realidad. Pelegrín; ¿se ha enterado usted de lo que tiene que hacer? (Dándole una placa.)

PELEGRIN

(Balbuciente.) Que... ¿qué grabo ahora?

DONATO

Esta inscripción que me ha encargado un famoso filántropo de esta corte: *Sperate miseri.*

PELEGRIN

(Tembloroso, leyendo, con el buril en la mano.) Esperate... mi... miseri.

DONATO

Que quiere decir: esperad, desgraciados.

NATALIA y ALFREDO

Eso hacemos nosotros.

ELADIA

Esperar soñando.

CRUCITA

(Deslizándose junto á su padre, le dice al oído:) Papá, no es sueño, es verdad lo que te dije: espera, espera.

PELEGRIN

(Balbuciente.) Yo espero... Nada para mí; todo para el pueblo, para los miserables, y aquí lo estoy grabando: *Sperate miseri.*

ESCENA IX

LOS MISMOS.—SALOMÓN, que entra por la izquierda. Su presencia produce gran curiosidad y estupefacción.

SALOMON

(Fijándose en doña Eladia.) ¿Todavía está usted aquí?

ELADIA

(Acaramelada.) Esperándole á usted. Quedamos en que usted se encargará de administrarme.

SALOMON

Cuando usted tenga algo que administrar. Entretanto, yo le daré una ocupación para que no viva del sablazo más ó menos ingenioso. Usted, Pelegrín, ya veo que trabaja; eso es, muy bien.

PELEGRIN

Sí, grabando; siempre grabando.

BELEN

Estamos muy necesitados, amigo Salomón. El casero nos apura...

SALOMON

Pues éste, á quien ustedes llaman el tacaño Salomón, se arranca con un movimiento generoso, y ya no sólo paga el gabinete que ocupa, sino toda la casa. Yo les pago el casero.

BELEN

Gracias, señor Salomón. Le teníamos á usted por un tacaño terrible.

CRUCITA

Papá, lo que te dije es verdad: espera... espera.

SALOMON

(A Natalia y Alfredo.) Y á ustedes, desgraciados ilusos, también les pago la casa.

DONATO

Ya le he dicho á Alfredo que se deje de dibujar palacios y mausoleos y estudie para continuar su carrera.

BELEN

(Que ha ido á la cocina y vuelve.) ¿En esta casa no se come hoy? Se está enfriando la comida. Salomón, ¿come usted con nosotros?

SALOMON

No, señora; yo ya comí en casa de Donato.

ELADIA

Pues si usted no come, comeré yo. (Risas.)

CRUCITA

Ven, papá, conmigo; estás desfallecido.

PELEGRIN

Ya grabé esperate; luego pondré miseri... miserables.

CRUCITA

Ven, papaíto. No es sueño, es verdad; ya lo verás. (Salen todos, y los últimos Pelegrín y Crucita.)

ESCENA X

SALOMÓN, DONATO

DONATO

Vendidas las casas de Jacobo Mendrugo, tú percibes diez mil duros por comisión, y de esto me das á mí la mitad, que yo te agradezco, y mucho más porque parte de ello lo invertimos en favorecer á esta pobre gente. Y ahora, los seiscientos mil y pico de duros, ¿los mandas á Buenos Aires?

SALOMON

No puedo hacer otra cosa. De aquí me voy al Banco Español del Río de la Plata, donde tengo depositada la cantidad para girarla inmediatamente.

DONATO

Lástima que ese dineral no sea para este infeliz, para este bendito Pelegrín.

SALOMON

No puede ser para él, porque, á pesar de las lecciones de tacañería que le estoy dando, no entra por el aro, y es cada día más pródigo y manirroto. Jacobo Mendrugo, al darme el poder que conoces, me impuso una obligación, que no tengo más remedio que cumplir.

DONATO

Deshereda á su hermano. ¡Qué atrocidad! Y estando tan lejos, ¿no puedes decirle que Pelegrín se ha enmendado?

SALOMON

No; es capaz de plantarse aquí para enterarse y ver por sí mismo las cosas.

DONATO

Pues ¡qué le hemos de hacer! Mándale á ese tío su dinero. (Suena la campanilla.)

SALOMON

Se lo mando, y que al recibirlo, de la satisfacción de ver cumplida su infame acción, reviente y se lo lleven los demonios.

ESCENA XI

LOS MISMOS.—CRUCITA, con un cablegrama en la mano.

CRUCITA

Don Salomón, un telegrama para usted.

SALOMON

(Abriendo.) Es un cablegrama de Buenos Aires; debe ser de ese tío pidiendo el dinero.

DONATO

(Mientras Salomón abre el telegrama.) Crucita, ¿están comiendo?

CRUCITA

Sí, señor.

DONATO

Pues vete á comer; ¿ó es que prefieres quedarte aquí para oir lo que hablamos y luego contarlo á tu manera?

CRUCITA

Prefiero quedarme aquí para oir lo que ustedes hablan, y si es cosa buena, contárselo á mi papá para alegrarle la vida.

SALOMON

(Que se ha quedado atónito al leer el cablegrama.) Crucita, quédate.

DONATO

¿Qué pasa? (Leyendo el cablegrama que le pone en la mano Salomón.) «Esta madrugada ha fallecido Jacobo Mendrugo.» Y ahora, ¿qué?

SALOMON

Crucita, ven aquí. (La coge de la mano.) ¿Harás lo que yo te diga?

CRUCITA

(Queriendo soltarse de la mano que la sujeta.) ¡Déjeme, Salomón!

SALOMON

No; espera un poco. No hables á tu padre de este telegrama que nos comunica la muerte de tu tío Jacobo. Dile tan sólo que el sueño que le contaste es verdad; y aquí estamos

Donato y yo para confirmárselo. ¿Harás lo que yo te digo?

CRUCITA

Hare lo que usted me manda. Es usted muy bueno, señor Salomón; es usted nuestra providencia.

SALOMON

Y tú lo mejor de tu familia. (Soltándola.) Vete ya.

CRUCITA

(Vase gritando.) Papá, papá.

DONATO

Según eso, te decides á dar á este infeliz...

SALOMON

El producto de la venta de las casas se lo entregaré sin ningún escrúpulo, sin temor de que me pida cuentas el feroz tacaño de allá. Muerta la bestia, que venga del infierno á enterarse si su hermano le iguala ó no en sordidez y tacañería.

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS. — PELEGRÍN, CRUCITA, BELÉN, NATALIA, ALFREDO, DOÑA ELADIA, que entran por la derecha.

PELEGRIN

(Trastornado, tambaleándose y balbuciente.) Salo, Salomón, ¿qué, qué es esto que me dice la niña?

SALOMON

No es sueño; es realidad. El valor de las casas que poseía en Madrid su hermano, y que asciende á seiscientos ochenta y dos mil duros, es de usted, y en el Banco Español del Río de la Plata está esa cantidad á su disposición. (Cuando esto dice Salomón van entrando los demás personajes, y permanecen un rato enmudecidos por el asombro.) Pelegrín, ya es usted rico.

PELEGRIN

¡Oh, hermano mío! ¡Y decían que eras tacaño! (Abrazando á Salomón.) Nada para mí; todo para el pueblo indigente.

DONATO

Ahora, Pelegrín, aproveche usted las lec-

ciones de economía que este amigo le ha dado; sea usted caritativo, pero no pródigo.

PELEGRIN

(Delirante.) Veinte escuelas graduadas.

SALOMON

Rebaje, rebaje.

PELEGRIN

No rebajo: veinte, y aún me parecen pocas.

SALOMON

(Aparte.) No tiene enmienda. Y al frente de una de esas escuelas, ponga á la ilustre dama doña Eladia de la Cerda y Alburquerque.

ELADIA

(Con emoción, besándole la mano.) Gracias, amigo mío.

BELEN

Y desempeñará usted el cargo hasta que entre en posesión de la herencia.

ELADIA

Eso de la herencia es una ilusión, ¡ay! Si no fuera por la ilusión, se moría una.

PELEGRIN

Treinta casas económicas para obreros honrados.

ALFREDO

Aquí estoy yo para construirlas.

NATALIA

No; déjate de construcciones. Papá te costeará la carrera de arquitecto.

PELEGRIN

Sí, conforme. Y ahora, otra cosa. Diez comedores públicos donde los pobres tengan mesa puesta dos veces al día. Yo tengo la misión providencial de repartir la riqueza equitativamente. Si no resuelvo el problema social equilibrando el bienestar entre las diferentes clases, me aproximo á la solución de este tremendo problema. Si siempre habrá ricos y pobres, yo quiero quitar á los ricos algo de lo que les sobra para dar á los pobres un poco de lo que les falta.

TODOS

Bien, bien. (Le aplauden.)

PELEGRIN

No me aplaudáis; nada para mí. Yo acabaré mis días en una vida modesta, contemplando los saludables efectos de la distribución de la riqueza que Dios ha puesto en mis manos. Y ahora falta otra cosa. Cien dotes para doncellas pobres que se casen con jóvenes honrados.

SALOMON

Alto ahí, Pelegrín. Iba usted muy bien, y ya empieza á desbarrar.

PELEGRIN

¿Por qué?

SALOMON

Porque el dinero que usted piensa dedicar á esas cien dotes debe consolidarlo en una sola dote: la de su hija Crucita, que es la gala de la familia.

TODOS

Bien, bien.

PELEGRIN

No había caído en ello.

SALOMON

Pero si usted no da pie con bola sino cuando yo le inspiro.

PELEGRIN

Crucita, encanto de mi casa. De las cien dotes hago una sola para ti.

BELEN

Hija mía, ¿quieres casarte?

CRUCITA

Sí.

PELEGRIN

Y de los hombres que tú conoces, ¿cuál preferirías para marido?

CRUCITA

(Vergonzosa.) No sé.

NATALIA

Dilo, mujer.

CRUCITA

Pues... Salomón.

SALOMON

Esta, ésta es la mía.

ELADIA

Pero la edad no corresponde. A Salomón no le conviene una niña, sino una mujer hecha y derecha.

SALOMON

Doña Eladia, déjeme de mujeres derechas ó torcidas.

PELEGRIN

Di, Crucita, ¿qué has visto en Salomón para preferirle?

CRUCITA

Le prefiero porque es el que nos ha traído la felicidad, y quiero amarrarle para siempre á nuestra familia.

SALOMON

Muy bien.

PELEGRIN

Y usted, Salomón, ¿qué cualidades ha visto en esta niña?

SALOMON

Crucita es bondadosa, caritativa, y al mismo tiempo guarda en una hucha sus ahorritos: me conviene. Seremos felices. (Se agrupan todos en derredor de la feliz pareja.)

DONATO

Con este enlace se cumplirá la voluntad de Jacobo.

PELEGRIN

Nada para mí; todo para el pueblo.

SALOMON

No está mal, Pelegrin, que usted comparta con las clases humildes la riqueza heredada, pero reservándose lo necesario para vivir decorosamente.

BELEN

Eso, eso.

CRUCITA

Del porvenir de la familia cuidará el que ha de ser mi esposo.

SALOMON

Sí, sí, tesoro mío; tu hucha y tu corazón me pertenecen. Ven á mí. (Abrazándola efusivamente.) Dichoso el instante en que dijiste: «Quiero casarme con el tacaño Salomón.»

Telón.

FIN DE LA COMEDIA

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales obscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick. University Press:* Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes:* Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh:* Boston and London, Ginn and C°, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell. American Brook Company:* New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

La desheredada.—El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.—Fortunata y Jacinta.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.—El Caballero Encantado.—La Razón de la Sinrazón.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

Doña Perfecta.—Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

DRAMAS Y COMEDIAS

Realidad.—La loca de la casa.—La de San Quintín.—Los Condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La Fiera.—Electra.—Alma y Vida.—Mariucha.—Bárbara.—Amor y Ciencia.—Pedro Minio.—Celia en los infiernos.—Alceste.—Sor Simona.—El tacaño Salomón.

OBRAS VARIAS

Discursos académicos.—Memoranda.

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La Estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin Rey.—España trágica.—Amadeo I.—La Primera República.—De Cartago á Sagunto.—Cánovas.—En preparación: Sagasta.